

PARA LAS I VÍSPERAS DEL DOMINGO

PEDRO FARNÉS

1. Las I Vísperas dominicales deberían subrayarse de un modo especial sobre todo cuando se trata de comunidades que celebran diariamente el Oficio. Para estas Vísperas hay que procurar unos modos celebrativos que las distingan de las Vísperas de los días habituales, pues en ellas se sitúa el inicio del domingo y éste es y *debe aparecer* como la *fiesta primordial* de la familia cristiana (Sacr. Conc. 110).
2. Uno de los puntos que convendría cuidar es la selección del himno: no cualquier canto puede usarse como himno del Oficio, y menos aún como himno del Oficio dominical. El himno en esta celebración debe dar el debido *color dominical-festivo* a las I Vísperas del domingo, marcando bien el inicio del día del Señor tanto, por su texto como (en la medida que sea posible a cada comunidad) incluso por su melodía. Debe procurarse que ésta sea algo más adornada que en los otros días.
3. Los himnos que figuran en la edición española de Liturgia de las Horas para los domingos I, II y IV del tiempo ordinario no realizan expresivamente la finalidad propia del himno dominical, es decir, no expresan el carácter *diferenciante* del domingo (Cf. IGLH, 173). El conocido canto *Acuérdate de Jesucristo*, que figura como himno para la semana III, por su texto resulta expresivo, pero tampoco resulta muy recomendable pues no es propiamente un himno.

4. Entre los himnos castellanos que cumplen bien la función de introducir en el domingo pueden citarse: *Los pueblos que marchan y luchan* y *Hoy rompe la clausura* (ambos de la Liturgia de las Horas ed. México-Colombia y ambos también musicados por D. COLS, *Celebración Cantada de la Liturgia de las Horas*, libro base, p. 12 e *Himnos II*, fasc. 10, p. 24 respectivamente).
5. Es preferible repetir cada domingo uno de estos himnos u otro cuyo contenido dominical *verdaderamente* introduzca en el sentido de las Vísperas dominicales y en su espiritualidad propia que variar con frecuencia el himno utilizando textos poco expresivos.
6. Otro medio que puede dar vida a las celebraciones del Oficio —especialmente a las Vísperas con las que se inaugura el *Día del Señor*— es anteponer a la celebración un breve espacio de reflexión u oración silenciosa. Para ello, por ejemplo, puede rezarse en privado la bella plegaria *Aperi, Dómine, os meum* (*Abre, Señor, mis labios*) que antes estaba inserta en el mismo Breviario. (En la edición latina de la *Liturgia de las Horas* esta plegaria continúa figurando, pero en una de las cartulinas sueltas, no en el mismo libro, pues se trata de una oración privada; la edición española la omite totalmente). La versión de esta plegaria la ofrecemos en este mismo *Material*.
7. Con la misma finalidad de dar ambiente y relieve orante a las Vísperas del domingo ofrecemos a continuación unas breves introducciones para las cuatro semanas del salterio. Esta reflexión debería leerse pausadamente seguida de un breve silencio, antes de iniciar el *Dios mío, ven en mi auxilio*.

ORACIÓN PREPARATORIA EN SILENCIO

Texto latino

Aperi, Dómine, os meum ad benedicendum nomen sanctum tuum;
munda cor meum ab ómnibus vanis, pervérsis et aliénis cogitatióibus;
intelléctum illúmina, afféctum inflámma ut digne, attén-te ac devóte hoc

Officium recitáre váleam et exaudíri mérear ante conspéctum divínae maiestátis tuae.

Versión castellana

Abre, Señor, mis labios, para bendecir tu santo nombre; limpia mi corazón de todo pensamiento vano, perverso y extraño; ilumina mi entendimiento, inflama mi afecto para que sea capaz de recitar de manera digna, atenta y devota este oficio y merezca ser escuchado en presencia de tu divina majestad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

MONICIÓN INTRODUCTORIA

Domingo de la semana I

Con esta celebración vamos a inaugurar una vez más la celebración del domingo, nuestra fiesta primordial como cristianos. La alegría, la esperanza, la acción de gracias han de constituir como el telón de fondo de nuestra celebración. Creemos y esperamos participar en la victoria de Cristo que, en este día, venció la muerte y el pecado. Por ello, por muchas que sean las contrariedades, las tinieblas y los sufrimientos de nuestro vivir cotidiano, nadie nos podrá arrebatarnos la alegría de nuestra esperanza. Es este el contexto de la oración en la que vamos a participar.

En estas Vísperas oraremos ciertamente a Cristo, el Señor, sentado a la diestra del Padre; pero ello no es todo, ni lo más importante; lo que hará más valiosa nuestra oración es que Cristo orará también con nosotros, como él mismo nos prometió: *Cuando estéis dos o tres congregados en mi nombre, allí estaré yo en medio de vosotros* (Mt 18, 20). Iniciemos, pues, nuestra plegaria pidiendo a Cristo que *venga en nuestro auxilio*, que nos haga vivir su presencia orante en medio de nosotros. Sabemos y creemos que nuestra oración será especialmente escuchada por el Padre porque en nuestras voces Dios escuchará la voz de su Hijo amado que ora con la Iglesia.

En estas Vísperas oraremos con dos salmos de temor y de súplica que, a primera vista, puede parecer que contrastan con la alegría

dominical: *Señor, te estoy llamando; no dejes inclinar mi corazón a la maldad, no permitas que participe en banquetes con hombres malvados, guárdame del lazo que me han tendido; atiende a mis clamores, líbrame de mis perseguidores...* Pero estas súplicas son intensamente *pascuales*, porque el domingo es siempre *pascual*; en él celebramos una victoria que arranca de la muerte y del mal; en él celebramos a Cristo que llegó al reino, pero a través del sufrimiento y de la persecución de sus enemigos.

En los salmos escucharemos la voz de Cristo orante en el día de su *Pascua o tránsito*, la oración del Cristo, que sufrió—y que sufre aún en su Cuerpo que somos los fieles— y así llegó a su gloria; y uniremos nuestras voces a la plegaria del Señor porque también nosotros queremos celebrar una Pascua y *pasar* con él de este mundo al Padre.

Que Dios nos ayude a escuchar la plegaria de Cristo y a orar unidos a él que celebra con nosotros la *Pascua*, que *pasa* del sufrimiento a la victoria y en su Cuerpo —en nosotros— *pasa* de las tinieblas y angustias de cada día a la esperanza de una total liberación. Cantemos, pues, contemplando la victoria del Señor y esperando nuestra propia liberación del mal: *Sus jefes* —los que llevaron al Señor a la cruz, nuestros dolores y oscuridades del hoy presente— *cayeron despeñados, como una piedra de molino rota por tierra; Dios nos sacará* —de las limitaciones que terminarán cuando el Señor venga— *y daremos gracias a su nombre, rodeados de los justos*, en la Eucaristía dominical y, de modo visible y sin velos, cuando contemplemos a Cristo en su reino.

Domingo de la semana II

Antes de empezar la oración inaugural de nuestro domingo recordemos una de las afirmaciones de la Introducción a la Liturgia de las Horas que puede intensificar nuestra vivencia del valor de la plegaria eclesial: “Una especial y estrechísima unión se da entre Cristo y aquellos hombres a los que él ha hecho miembros de su cuerpo, la

Iglesia, mediante el sacramento del bautismo". (IGLH, 7). El principal orante de nuestra asamblea es, por tanto, el Hijo amado del Padre; nosotros estamos como incluidos y sumergidos en su persona; él es nuestra cabeza orante y nosotros miembros del cuerpo que, en nosotros y por nosotros, ora al Padre. "Al ser bautizados en Cristo –nos dice el Apóstol– nos hemos revestido de Cristo; hacemos todo un cuerpo con Cristo Jesús" (Cf. Ga 3,27-28, 1 Co 12,12). "Todas las riquezas del Hijo, también su oración, se difunden de él a todo el cuerpo que somos nosotros" (Cf. IGLH, 7).

Conviene, pues, que en nuestra oración inaugural del domingo, escuchemos la voz de Cristo y unamos nuestras voces y nuestros cantos a la voz del que es nuestra cabeza orante. El salmo 15 con que empezamos la oración nos presenta a Cristo a través de un tipo o figura: la de un fiel israelita en situación crítica que, al verse rodeado de *ídoltras*, pide el auxilio de Dios y le promete fidelidad. Su súplica prefigura la actitud de Jesús, desolado, recurriendo al Padre. Al cantar, pues, este texto revivamos en la angustia del salmista –y en nuestras propias dificultades– a Cristo paciente que muestra su confianza ilimitada en el Padre y que goza ya, en la esperanza, del triunfo de su heredad definitiva. "*Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad*". Recordemos al Señor que, en el momento de la tentación –mientras sus perseguidores *multiplican las estatuas de dioses extraños* y, mofándose de él, le decían que *bajara de la cruz*– continuó firme en la certeza de que el Padre no le abandonaría en la muerte ni su cuerpo *conocerá la corrupción* del sepulcro.

Para que nuestro vivir sea como el de Jesús camino de vida eterna, al participar de este salmo hagamos de Cristo nuestro modelo y nuestra esperanza. Aunque nos rodee un mundo incrédulo e incluso muchos de los cristianos *adoren dioses extraños* y se comporten como *enemigos de la Cruz de Cristo*, renovemos nuestra fidelidad –*no tomaré los nombres de los ídolos en mis labios*– y esperemos sin vacilar que Cristo, que ha conocido el *sendero de la vida*, nos sacie del gozo en su presencia en el domingo definitivo.

Domingo de la semana III

“La oración cristiana recibe su unidad y su valor supremo del corazón de Cristo que, hecho hombre, quiso iniciarla en su cuerpo mortal, y ha querido además continuarla, durante los siglos, a través de su cuerpo místico que es la Iglesia” (Cf. Pío XII, *Mediator Dei*). En nuestra oración inaugural del domingo escuchemos, pues, la *oración que Cristo, unido a su Cuerpo*, que somos nosotros (Cf. Sac. Conc. 84), eleva a Dios, su Padre y le expresa su plena confianza en la resurrección.

Con esta esperanza de nuestra salvación definitiva, la salmodia de este domingo nos invita, de una manera intensa, a la alabanza y a la contemplación de la gloria de Cristo. El Señor *levanta del polvo al desvalido* –a Jesús colocado en el sepulcro– y *alza de la basura al pobre* –a los que caemos en tantos desánimos y debilidades –*para sentarlo con los principes*–. Que Cristo el vencedor del mal, acreciente nuestra esperanza; que él aliente nuestra plegaria a fin de que sepamos alabar, con todas nuestras fuerzas, *el nombre del Señor ahora y por siempre, desde la salida del sol hasta el ocaso* de estas horas vespertinas.

Domingo de la semana IV

Reunidos para celebrar las Vísperas de un nuevo domingo, *día de alegría* y de acción de gracias, en el que Dios nos concede *renacer de nuevo a la esperanza* porque se nos otorga contemplar y revivir *la resurrección* de Jesucristo, vamos a cantar dos salmos que expresan un mismo deseo de avanzar, con Jesucristo resucitado, por el camino de *Pascua*, es decir, por la senda que va de la muerte a la vida, de la opresión a la alegría, de este mundo al reino de Dios.

¡Que alegría cuando me dijeron: “Vamos a la casa del Señor”! Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalem. Esta es la peregrinación alegre, ésta, la procesión dominical en la que somos invitados a participar, este el camino, todo él lleno de alegría, que

realizó Cristo en su paso de la muerte a la **resurrección**, de este mundo al reino de Dios y que nosotros pregustamos en el domingo.

El camino del domingo cristiano que con estas Vísperas iniciamos, debe hacernos pasar –*es Pascua*– de las dificultades de cada día a la esperanza del reino de Dios. *Allá* –en el domingo definitivo– *las tribus del Señor*, los cristianos que hoy nos reunimos aquí en estas Vísperas y que con frecuencia experimentamos un mundo todo él sumergido en las injusticias de los hombres esperamos encontrar, *en el palacio de David*– en el Jerusalem del cielo encontraremos *los tribunales de justicia*, de la única justicia que es total y perfecta.

También salmo 129 nos describe, desde otra perspectiva, nuestro camino hacia el domingo, hacia la alegría pascual. Con frecuencia vivimos sumergidos en lo hondo de nuestra miseria, en el abismo de nuestras dificultades y deficiencias, pero *gritamos al Señor* porque sabemos que *no llevará cuenta de nuestros delitos*. Como sacó a Cristo del sepulcro así nos enviará a nosotros una *redención copiosa*. *Aguardemos, pues*, como el *centinela la aurora*, la llegada del domingo en el que el Señor con su resurrección nos *redimirá* a nosotros, su nuevo *Israel*, *de todas nuestros delitos*.